

LAS DIFICULTADES DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Santiago, Marzo 23 de 1880.

Dicto esta carta, mi querido don Victorino, no para contestar todas las de Ud. que tengo en mi poder, aunque en casi todas ellas me flajela Ud., sino para decirle pocas cosas, aun cuando quisiera decirle muchas.

Rodeado de diversos quehaceres, fatigado y gastado en la salud, nervioso y fastidiado con los últimos sucesos, no tengo tiempo ni calma para escribir a Ud. sobre los diversos puntos a que Ud. llama mi atención.

Yo no me desespero, ni se me ocurre hacer la paz por los desaciertos que se cometan o puedan cometerse, aun cuando esos desaciertos me lleven muchas veces la sangre a la cabeza. Es menester no olvidar jamás que los pueblos americanos no tienen escuela militar, que carecemos de hombres y de elementos y que en nuestros hechos entregamos mucho a lo que se llama la suerte o el acaso. Pero no es culpa nuestra ser así, puesto que ayer no más hemos comenzado una vida independiente, bien que tempestuosa, sin que se nos haya enseñado a pelear de otra manera que como pelearon Bolívar, San Martín, O'Higgins, Freire, Bulnes, etc. Peleamos conservando la fisonomía de nuestras razas y de nuestros pueblos, y sin poder tampoco cambiar la fisonomía de nuestros lugares, que en ocasio-

nes presentan dificultades mayores que los ejércitos enemigos mismos.

Como nada elaboramos y nada tenemos, es natural que carezcamos de muchas cosas necesarias para el servicio regular de un ejército. Y esta carencia de cosas y de hombres llegó a ser mayor en Chile porque todos creímos, y no sin razón, que el militarismo era un peligro y un amago constante contra la libertad que servíamos.

Obligados hoy a combatir repentinamente, nos hemos encontrado faltos, no sólo de elementos bélicos, sino de manos diestras que supieran gobernarlos. Sólo una cosa habíamos conservado intacta: el corazón chileno; pero impetuoso, irreflexivo y hasta petulante. De aquí que hayamos dado malones y no batallas esplendorosas. Pero con estos malones, en que el valor personal ha sido todo, hemos dominado al Perú y a Bolivia, nos hemos apoderado de todo el litoral boliviano, de todo el departamento peruano de Tarapacá y nos apoderaremos— aunque sea con quebrantos y por medio de asaltos araucanos— de Moquegua, Tacna y Arica.

No me disimulo ninguna de nuestras faltas, no desconozco la impericia de nuestros jefes y no se me ocultan todas las dificultades con que habremos de luchar; pero, a pesar de todo esto y mucho más, y a pesar de nuestras miserias interiores, que nunca serán pocas sino muchas, porque en todas partes se cuecen habas y en mi casa a calderadas, Chile será la primera república sudamericana por su poder, por su riqueza, por su ilustración, por su progreso material y por su fuerza moral. No lo dude Ud., mi querido don Victorino. La guerra actual ha tomado tales proporciones que no podemos darle un tijeretazo para cortarla donde mejor nos plazca. Hoy, resueltamente, tenemos que acentuar el dominio de Chile hasta Camarones, y hasta allí llevaremos nuestra organización política y nuestro sistema administrativo, de manera que esos lugares no tengan en adelante otra fisonomía que la chilena. Bolivia habrá de reventar. O muere estrangulada y se descuartiza, o viene a nosotros a pedirnos que le aseguremos una espaciosa puerta de calle.

El Perú, es la suerte que le cabe, servirá de provechosa lección a todas las demás repúblicas sudamericanas. Está pagando su corrupción de siglos.

En estos momentos tengo fastidios inmensos. La *Unión* se nos ha escapado de Arica, y nuestro ejército, que ha desembarcado en Ilo, no marcha con la rapidez que debiera. Todo esto es una fatalidad y una contrariedad que acusa nuestra impericia marítima y militar; pero, no obstante esto, tengo fe en que el desenlace nos será glorioso.

.....
Por más que se irrite a veces Ud. conmigo, siempre lo querrá a Ud. apasionadamente su afmo.

DOMINGO SANTA MARÍA.